

de la intencionalidad. Pero es al cuarto, al estudio de las diversas categorías, al que dedica con diferencia mayor extensión. Esto se debe, en parte, a las discusiones de su tiempo en torno a la metafísica aristotélica. En ellas toma postura defendiendo principalmente dos tesis: primera, que entre los diferentes sentidos categoriales del ente se da una unidad de analogía, y que ésta significa unidad de referencia a un término común, la sustancia; segunda, que precisamente esa unidad de referencia posibilita deducir las categorías según un principio (y no de modo puramente rapsódico, como objetan Kant, Hegel y otros, también Trendelenburg). De este modo, Brentano se sitúa del lado de los intérpretes más metafísicos y escolásticos de Aristóteles frente a los más historicistas y neokantianos.

Pero, por otro lado, esa mayor atención obedece también al interés metafísico del autor, como muestra su posterior trayectoria intelectual. Realmente, Brentano tenía el afán de renovar la entera filosofía, sacándola de la crisis en que la había sumido tanto el idealismo como el positivismo.

Cualquier estudioso de la historia de la filosofía del siglo XX reconocerá que sus esfuerzos no fueron en balde. Además, gracias a su profundo y amplio conocimiento de la filosofía clásica y moderna, su discurso siempre es riguroso y respetuoso, sobrio y esencial.

El traductor antepone al texto una nutrida y excelente presentación. En ella contextualiza esta obra inicial de Brentano en relación con el resto de su filosofía y con otras investigaciones también suyas sobre Aristóteles, así como con las diversas interpretaciones aristotélicas de aquella época. También ha prestado el servicio de añadir la traducción española de las numerosas notas en griego que Brentano no vierte a su lengua moderna. El resultado es una edición muy cuidada que hace justicia tanto a los méritos de esta investigación como a su autor, tan importante como origen de poderosas y amplias corrientes filosóficas del siglo XX; un libro, en definitiva, capital para los estudiosos de Aristóteles y para los historiadores de la filosofía.

Sergio SÁNCHEZ-MIGALLÓN

Étienne GILSON, *Introducción a la Filosofía Cristiana*, Prólogo de Juan Miguel Palacios, Traducción de Juan Roberto Courrèges, Madrid: Encuentro, 2009, 157 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-7490-912-8.

Este breve libro es la primera traducción al español de una obra de Gilson, casi olvidada, aparecida inicialmente en París, en 1960. Se trata, por tanto, de un escrito que puede considerarse de madurez. Lo que en él se recoge es, en realidad, una serie de reflexiones sobre diversas fórmulas que expresan y condensan el pensamiento de santo Tomás de Aquino: filosofar en la fe; la causa del ser; El que Es; más allá de la esencia; más allá de las ontologías; la verdad fundamental; la clave de bóveda; cau-

salidad y participación; el ser y las esencias; y el ser, el acto y el fin.

El autor advierte que la elección de esas fórmulas, que constituyen los respectivos capítulos, es completamente personal. Y ello en un sentido muy vital, es decir, confesando tanto una preferencia espontánea como una experiencia de acercamiento intelectual a Dios. Pues bien, esto es lo que revela la auténtica naturaleza e intención de este escrito: mostrar –más que demostrar– ciertos aspectos del miste-

rio de la verdad más alta y así compartir la experiencia del camino y unión con ella, con Dios. Una unión que es a la vez intelectual y amorosa. Y es que ninguna crítica a la filosofía tomista le parece a Gilson más equivocada que aquella según la cual la teología escolástica daña la verdad cristiana, o que la razón sustituye a la fe, la filosofía a la teología, o el orgullo de saber a la caridad y a la piedad. Muy al contrario, aquí se sostiene que la teología del Aquinate, lejos de excluir la espiritualidad, es una forma de ella. Nada le parece al autor más evidente, tanto por el objeto de estudio (Dios, Verdad y Amor) como por el camino teológico y filosófico (intelección del misterio y amor a la sabiduría).

En esta obra se ofrece, entonces, una excelente introducción al pensamiento de santo Tomás de Aquino, pero también un asomo a Gilson mismo, a su modo de vivir, por decirlo así, la sabiduría tomista. Para él esa sabiduría no es sólo una reflexión o posesión intelectual, sino también una piadosa y amorosa vivencia del misterio salvador. Además, precisamente por esto, Gilson deja ver su visión sobre un problema que le había preocupado durante todo su itinerario

científico: el problema de la filosofía cristiana, que él consideraba íntimamente ligado a la cuestión del sentido de la noción de teología. Él mismo cuenta en otro lugar –como comenta Palacios en el prólogo– que desde sus años de estudiante ya se preguntaba por ello, e incluso en 1936 había escrito un libro al respecto (*Cristianismo y Filosofía*). Pero sólo aquí, y en una obra del año anterior (*Elementos de Filosofía Cristiana*, 1959), expone su concepción personal de semejante filosofía, definiéndola como «el método filosófico en el que la fe cristiana y el intelecto humano unen sus fuerzas en la investigación conjunta de la verdad filosófica». El filósofo francés veía en el tomismo la más cabal realización de ese ideal filosófico, descubriendo en ese sistema de pensamiento un núcleo de grandes principios unificadores y fecundos, pero también, sobre todo, con la virtualidad de integrar las verdades de muy diversos y ajenos discursos filosóficos.

No cabe sino animar a la lectura de este libro, a la vez ágil y profundo, riguroso y asequible, a quienes deseen introducirse en el pensamiento tomista y asimismo disfrutar de él.

Sergio SÁNCHEZ-MIGALLÓN